

## LIBRO PRIMERO

(1740-1765)

### I.—LA GUERRA DE SUCESION EN AUSTRIA (1740-1748) (1)

Alianza entre Francia y Baviera.—Los franceses y bávaros en la Alta Austria.—Cambio brusco en Austria; la Dieta de Presburgo.—Campaña contra Federico II; paz de Breslau, 1742.—Conquista de Bohemia.—Campaña en Italia; tratado de Worms.—Francisco I, emperador de Alemania; 1745.—Paz de Aachen; 1748.

La rápida muerte de Carlos VI puso en grave peligro al Estado y á la dinastía: los antiguos y los nuevos adversarios se alzaron contra el Austria; se formaron alianzas, y los ejércitos enemigos se precipitaron sobre el imperio desde el Norte, el Sur y el Oeste. Nada habia preparado para la lucha: el ejército se elevaba en tiempo de guerra á 120,000 hombres y en tiempo de paz á 60,000; pero la mayor parte de los regimientos se encontraban en Lombardía, en Hungría y en los Países Bajos, y los que se hallaban en el Austria alemana eran en escaso número y estaban mal equipados. El cuerpo de ejército de Silesia debia contar 13,000 soldados y solo contaba 7,000. En las arcas del Estado no habia mas que 87,000 florines.

El pueblo, segun expresion del mismo gobierno en 1734, «estaba esquilado por los impuestos y contribuciones y se mostraba alarmado y descorazonado en extremo.» La jóven princesa que habia subido al trono contaba 23 años cuando se puso al frente de los negocios públicos y el ministerio no inspiraba ni respeto ni confianza. El canciller de Estado, el conde Felipe Luis Einzenzendorf, era hombre conocedor de los negocios, pero indolente y vacilante y no estaba á la altura de la gravedad de la situacion. Al comenzar el gobierno, puso demasiada confianza en la Francia y en la Prusia. El director de Hacienda, el conde Gundacker Starhemberg, era un hombre de Estado inteligente, de carácter probo y liberal: recomendado por Carlos VI, fué el verdadero consejero de la jóven reina. El conde Aloisio Harrach, mariscal de campo en la Baja Austria, y el conde Königsegg, presidente hasta 1738 del Consejo áulico de guerra, ambos ancianos, se presentaron en la Conferencia sin opinion propia y sin fuerza ni energía. El conde Felipe Kinsky, canciller supremo de Bohemia, era un ministro enérgico y decidido, pero con su atolondramiento introducía la confusion en el ánimo de la reina: tenia en poco el poder de Prusia y queria eximir á las comarcas bohemias de los aprestos de guerra; pero despues de la primera campaña, modificó sus opiniones, y en 1741 y 1742 atacó con energía á la Prusia. El presidente del Consejo áulico de guerra (1738—1764) el conde José Harrach, era demasiado perezoso: además la mayor parte de los ministros pasaban de los setenta años y todos querian ver antes de decidirse qué sesgo tomaban las cosas; así es que tan pronto aconsejaban un arreglo con Francia, como con Prusia. Sin embargo, aquellos ancianos cumplieron, por regla general, con su deber, en los tiempos calamitosos. María

Teresa sintió mucho despues la pérdida de Einzenzendorf y de Kinsky, y puso entonces toda su confianza, en punto á las cuestiones de Estado, en su canciller y director del Protocolo, el baron de Bartenstein, y, en cuanto á los asuntos de capital importancia, en el supremo intendente, el conde Herberstein, y muerto este, en el conde Silver Taroucca. En medio de su situacion crítica, la jóven princesa encontraba energía en su confianza en Dios, en sus derechos, y en la fuerza interna del Austria. «De buena gana, escribia, no hubiera sido mas que gran duquesa de Toscana; pero ya que Dios ha querido elevarme á tan alto puesto, he tomado por principio no desanimarme mientras exista algun recurso.»

Las declaraciones con las cuales los gabinetes europeos contestaron á la notificacion de la elevacion de María Teresa al trono, parecieron tranquilizadoras, por mas que en la mayor parte de ellas se procuraba evitar cuidadosamente la renovacion de la garantía que antes habian dado á la Pragmática. Polonia y Sajonia fueron las primeras en reconocer á María Teresa como heredera de los territorios del imperio, é Inglaterra, la antigua aliada, declaró, en nombre propio y en el de Holanda, que continuaria en buenas relaciones con el Austria. Las pretensiones de Baviera tenian en gran cuidado al ministerio austriaco, pues el príncipe elector habia rechazado hasta entonces toda idea de inteligencia, apoyándose no solo en los derechos de su esposa, hija del emperador José I, sino en los pretendidos derechos de su familia, descendiente de la duquesa Ana, hija del emperador Fernando I, que se habia casado con el duque Alberto V de Baviera. El elector bávaro sostenia que por el testamento de Fernando I y muertos todos los descendientes varones de este, estaban llamados á ocupar el trono de Austria los sucesores de Ana. Apenas habia cerrado los ojos Carlos VI, el embajador bávaro en Viena declaró públicamente que su señor no reconoceria como heredera de la corona á María Teresa; y á pesar de habersele mostrado el original de aquel testamento, en el cual se consignaba claramente la expresion *herederos de legítimo matrimonio*, el embajador no dió por pérdida la causa que defendía y sostuvo que en aquellas palabras solo estaba comprendida la descendencia masculina. Segun el derecho romano, los descendientes del primer propietario debian ser preferidos á los del último, por mas que, segun el derecho feudal alemán, la sucesion en los feudos del imperio solo se verificaba en una línea. Con mayor razon hubiera podido apoyarse la corte bávara en los pactos matrimoniales de 1546, en los cuales se reconocieron los derechos de la duquesa Ana para el caso de que murieran los descendientes varones de Carlos V y de Fernando I. Entre tanto la cuestion se decidió de un modo muy distinto que por

(1) Arneht: *Primeros años del gobierno de María Teresa*, tres tomos, 1865.—K. Heigel: *Guerra de sucesion en Austria y eleccion del emperador Carlos VII*, 1877.—G. Grunhagen: *Historia de la primera guerra de Silesia*, dos tomos, 1881.

libros de leyes y derechos. El elector estaba convencido de la legitimidad de los suyos, pero comprendía también que, sin el auxilio de una gran potencia, no podría conseguir ni un trozo de territorio austriaco, ni la dignidad imperial que era la meta á que su ambición se dirigía. Con sus recursos propios, no podía armar más de 20,000 hombres.

Además de Baviera alzóse contra el Austria la gran potencia alemana, Prusia, la cual se presentaba entonces con una fuerza é importancia tales, que influían en toda la Europa.



Federico II de Prusia por el año 1740. Copia de un grabado de Juan Jorge Wille (1715-1808) sacado del cuadro de Antonio Pesne

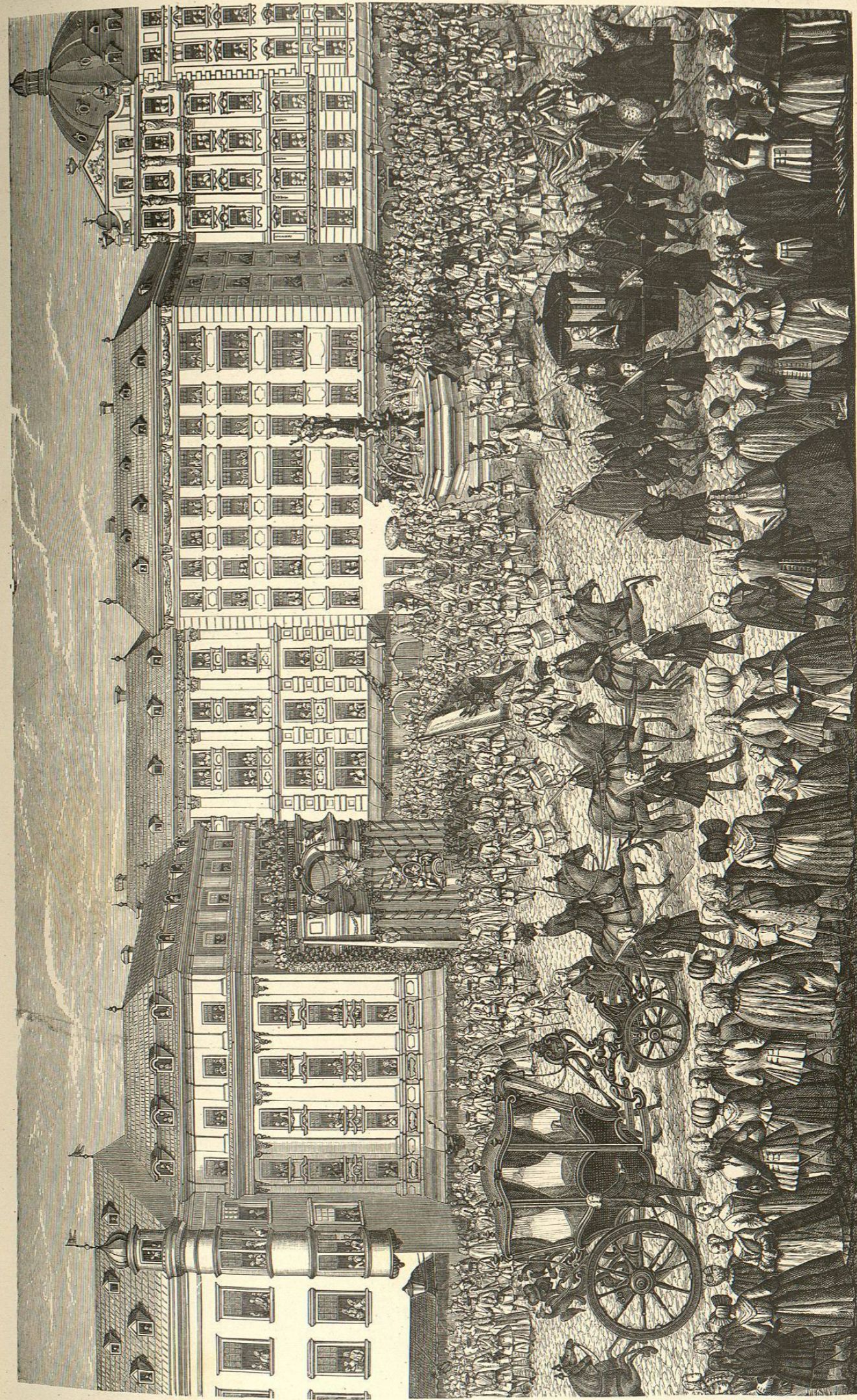
Prusia una importancia que hasta entonces no había tenido. Desde un principio se abandonó á su propia suerte y á su poder y fué el primero que se presentó como enemigo declarado. Seis semanas después de la muerte de Carlos VI, es decir á mediados de setiembre de 1740, invadió la Silesia con 27,000 hombres y 50 cañones, conservando en su poder, hasta fines de enero de 1741, aquel territorio desde Crossen hasta Jablunka, con la capital Breslau. Al propio tiempo envió á Viena al conde de Gotter con el encargo de ofrecer, á cambio de la cesión de Silesia, su apoyo y amistad para la

(1) Correspondencia política de Federico II, I, 23.

El joven é inteligente rey Federico II disponía de un abundante tesoro y de un ejército bien instruido y organizado, y se levantaba contra María Teresa, alegando los derechos de su familia sobre una gran parte de Silesia. «Debe decir (el embajador), escribía á sus representantes en el extranjero (1), que no me dejaré arrebatar mis derechos; pues estos son demasiado claros y terminantes.» La justificación de estos derechos la confió á sus publicistas de Estado; pero, en el fondo, el monarca debía desempeñar un papel que diera á la

elección de emperador. Pero las «dulces palabras y promesas del joven rey,» como decía María Teresa, no produjeron el efecto que se proponía. Algunos ministros, especialmente Einzendorf, creyeron prudente entrar en negociaciones con Federico II; pero María Teresa, Starhemberg y Bartenstein se negaron á ceder ni una parte siquiera de la Silesia. El gobierno estaba decidido á sostener la lucha, y el conde de Gotter tuvo que salir de Viena.

La situación respectiva de las dos potencias alemanas dió ánimo á Augusto III de Sajonia-Polonia para retirar la promesa que anteriormente había hecho á María Teresa, pretendiendo que la joven princesa había violado la Pragmá-



Parte de la comitiva de la coronación de María Teresa trasladándose desde palacio á la catedral de San Esteban. A la derecha la emperatriz María Teresa en su litera, precedida por el caballero mayor y seguida del capitán de la guardia húngara. La cúpula que en el fondo, á la derecha, sobresale de las casas es la de la iglesia de San Pedro. (Copia del grabado de la obra de Krieger: *La Coronación*, publicada á raíz del suceso)